

LA DICHA EN EL CRIMEN

EXTRACTOS DEL GUIÓN DE LARGOMETRAJE

**Argumento libremente adaptado del Relato homónimo de J. Barbey
D'Aurevilly. Guión y diálogos de Dominique Abel**

Al que ha sido “mi segundo padre”, mi padre español: José Luis Barros, “Doctor Barros”

SEC 2. UNA ALCOBA/INT. DÍA

Un señor de unos 45 años, el Maestro “Puntaviva”, está de rodillas en la cabecera de una cama con los ojos llenos de lágrimas, mirando a la que suponemos su mujer, que yace sin vida en el lecho.

Le tiene cogida las manos y hunde su rostro en ellas.

Se abre la puerta, levanta la cabeza con la mirada perdida: una doncella entra llevando en sus brazos un bebé dormido.

El hombre se incorpora, se acerca con pasos lentos, y con delicadeza coge a la recién nacida, en sus brazos.

En un murmullo:

PUNTAVIVA (en un murmullo):
¡Hauteclair! Te llamarás Hauteclair,
como la espada más certera que hubo...

Fundido a negro

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 8. UN JARDÍN EXT/DÍA

Puntaviva, algo envejecido está dando una clase de esgrima a una niña de unos 10 años en un jardín.

La niña tiene una espada pequeña que parece haber sido especialmente elaborada para ella.

Durante toda la escena, no perderá su expresión seria y concentrada.

Su padre le toca dos veces con su espada, y ella se queda entonces ensimismada, totalmente absorta en sus pensamientos.

Puntaviva le amonesta:

PUNTAVIVA:

Hauteclair, ¿qué pasa? ¿Donde estás?, ¡concéntrate!
Cada día te repito lo mismo: has de mantener la espada más alta...
No lo olvides, ¡y piensa en atacar en vez de perderte en las nubes!

La expresión de la pequeña cambia al escuchar esas palabras, no sólo vuelve a la realidad, sino que parece enfadada con ella misma por dejarse llevar así por su imaginación.

Repiten el lance, Hauteclair se entrega al máximo, consigue desviar un golpe “pérfido”, mostrando unos reflejos y una vigilancia excepcionales: su padre la mira ahora con satisfacción.

PUNTAVIVA:

Bien. Muy bien. ¡Cuando quieres, siempre me sorprendes!

Ella no sonríe, pero hay algo de orgullo en su mirada.

Sentados en un rincón del jardín, dos amigos del padre, observan la escena con sumo interés. Por su visible afición se puede deducir que se trata de viejos espadachín.

Uno de ellos se vuelve hacia el otro

AMIGO DE PUNTAVIVA 1:

Te aseguro que es extraordinaria. Algún día superará al Maestro...

Hauteclair y su padre paran el combate.

Puntaviva se acerca a sus amigos, mientras Hauteclair se aparta pensativa sin soltar la espada y sin despedirse.

Uno de los viejos espadachines la espeta, riéndose

AMIGO DE PUNTAVIVA 2 (exclamándose):

¡Tú, Hauteclair!...

La niña vuelve la cabeza con el semblante serio pero la mirada muy brillante

AMIGO DE PUNTAVIVA 2:
Quiero pelear contigo... ¿Aceptas un duelo?

Hauteclair no contesta, pero todo en su actitud demuestra que está dispuesta.

Fundido a negro

© Dominique Abel

**SECUENCIA 9. UN JARDÍN EXT/DÍA fundido encadenado a
ESGRIMA INT/DÍA**

SALA DE

Superposición de imágenes:

El padre y la niña batiéndose en el jardín
con El padre y joven batiéndose en una sala de esgrima.

Reconocemos a Puntaviva envejecido, pero la que fuera niña, es hoy una mujer oculta bajo la máscara de esgrima.

Su edad se adivina por su alta estatura, y la forma de su cuerpo ceñida por el peto y sus largas calzas.

PUNTAVIVA (sin aliento):

¡Alto! Vas a acabar conmigo. Lo dejamos por hoy...

Hauteclair se inclina respetuosamente hacia su padre, obediente, pero en el momento en que éste se da la vuelta quitándose la máscara, Hauteclair, con la punta de su espada, le toca justo en la nuca

El padre se inmoviliza, pronto sonrío

HAUTECLAIRE:

¿Acabar con usted? No. Jamás estaré a su altura Maestro...

El padre se gira lentamente hacia ella, la cual baja su espada; se ríen entonces y se estrechan afectuosamente.

Un joven noble se asoma por la puerta, no se atreve a hablarles.

Después de un momento pregunta finalmente:

JOVEN NOBLE:

Señores, ¿interrumpo?

Hauteclair de espaldas, vuelve en seguida a colocarse de nuevo la máscara, y cierra su peto

JOVEN NOBLE:

Estamos ahí fuera, impacientes por empezar...

PUNTAVIVA (cortante, algo irónico):

Hoy, empezareis con mi vástago, porque yo necesito descansar un rato.

Dentro de poco, será capaz de dar la clase sin mí.

JOVEN NOBLE:

Qué dice Maestro, es usted insustituible...

Entran los demás

Puntaviva se va a sentar y estira el cuello, masajeándose las vértebras.

Hauteclairé según el ritual, saluda cruzando su espada con cada uno de los alumnos que van entrando, quienes -a su vez- van respondiendo con el mismo gesto y respeto.

Se van calentando, ella pasa de un alumno a otro con desenvoltura y seguridad. Se dirige a ellos con voz muy baja: el tono es suave pero imperativo.

Llega un hombre apresurado.

En cuanto Hauteclairé lo ve se inmoviliza un instante y le dice, con el mismo tono impassible y siempre en voz baja

HAUTECLAIRE:

Conde, mejor haríais llegando puntual.

El Conde se inclina

EL CONDE DE S.:

Lleváis razón, le pido disculpas joven maestro

Puntaviva se incorpora de nuevo y se dirige hacia uno de los alumnos.

Sin esperar más, Hauteclairé y el Conde se apartan un poco y acto seguido se ponen a entrenar juntos.

El Conde de S. maneja muy bien la espada, pero Hauteclairé más concentrada y tensa que con los demás alumnos, gana todos los cruces y dobla varias veces su espada sobre el corazón del conde.

Finalizado el duelo, el Conde se inclina y dirigiéndose a Hauteclairé con tono incisivo y admirativo:

EI CONDE DE S.:

No hay forma de tocarle

Detrás de la rejilla de la máscara, vislumbramos una sonrisa que difícilmente disimula su deleite.

(...)

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 14 SALA DE ESGRIMA EXT/DÍA

Unos hombres -entre los cuales reconocemos a los nobles asiduos a la clase de Puntaviva- estén agrupados ante la puerta de la Sala de Esgrima

Les vemos llenos de desconcierto y de pesadumbre:

Sobre la puerta cerrada de la sala de esgrima, una esquila anuncia el fallecimiento del viejo maestro.

Los hombres acaban de perder a la vez a una persona a quien, manifiestamente, apreciaban todos, junto con la posibilidad de disfrutar adiestrándose en su mayor afición.

Fundido encadenado a SECUNCIA 15. PUERTA DE LA SALA DE ESGRIMA EXT/DÍA

La misma puerta cerrada. Una nota anuncia, sin más explicaciones:

“Las clases se reanudarán el próximo lunes de Pascua”

(...)

SECUENCIA 17. SALA DE ESGRIMA INT/DÍA

En la sala de esgrima hay casi tantos alumnos como cuando ejercitaba Puntaviva.

Hauteclair con la máscara en el rostro se dirige al fondo de la sala para descolgar su espada en el armero, en su lugar de siempre.

Se da la vuelta: plano cerrado sobre el rostro... Podemos, por primera vez, distinguir algo de sus rasgos, de los que se desprende, así como de la postura general de su cuerpo, una expresión de desafío.

Vemos al Conde S. de pie en el centro de la sala, el cuerpo girado hacia ella.

Hauteclairre vuelve hacia el centro de la sala con paso seguro y lento: pese a la austeridad de su caminar, alguna feminidad no controlada se desprende de éste, una majestad y flexibilidad que recuerda al andar aterciopelado de los felinos.

Hauteclairre se dirige hacia el Conde de S., pero inesperadamente, empieza la clase con el alumno que se encuentra pegado al él. Después del ritual cruce de espadas, ensaya con el alumno unos movimientos que le hace repetir una y otra vez.

En cuando ve que necesita recobrar aliento, pasa acto seguido al alumno siguiente. Con un sólo gesto de la cabeza, le indica por donde falla, y le invita a repetir el mismo movimiento, instándole a perfeccionarse, todo ello sin decir palabra.

El siguiente que le toca ya es el Conde de S. que hasta entonces ha disimulado con dificultad su impaciencia.

Hauteclairre se inmoviliza un momento ante él, como si se mirasen a través de las máscaras, pero antes de darle tiempo a reaccionar, y pasando de alto el gesto ritual del cruce de espadas -que sí respetó con los anteriores alumnos-, da el primer asalto. El Conde contraataca en seguida, como si su mismo honor estuviera en juego.

Al rato, escuchamos retazos de conversación entre dos jóvenes nobles observándoles, que vemos de espaldas, en escorzo.

HOMBRE 1:

Desde que el Conde se ha casado, no se le ve por ningún lado.
Ni siquiera asistió al desfile militar.

HOMBRE 2:

A la condesa tampoco se la ve, parece que se hallan retirados del mundo, en su castillo...

HOMBRE 1(cortándole):

Sí pero habréis notado que el Conde es el alumno más asiduo de ese lugar...
¡Junto a mí!... Nunca le he visto faltar una clase

HOMBRE 2:

Desde luego parece que ha encontrado con el joven maestro,
un rival a su gusto

HOMBRE.1:

Miradles: tienen mucho estilo cruzando

HOMBRE 2:

Yo diría más bien, en el arte del esquivo

HOMBRE.1:

No sé quién supera a quién, pero qué duelo más hermoso...

HOMBRE 2:

Sí, un duelo de una belleza singular.

Hauteclair no parece darse cuenta que el tiempo que le dedica al conde es mayor al que dedica a los otros alumnos.

De hecho uno les está mirando con cierta animosidad

(...)

(...)

SECUENCIA 20 PUERTA SALA DE ESGRIMA/EXT/DÍA

De nuevo un grupo de hombres, cuyo rostro ya conocemos en su mayoría, están llamando a la puerta de la sala de esgrima que se encuentra cerrada.

Si en esa ocasión también se lee bastante desconcierto en sus rasgos, no hay pena ninguna, sino más bien enojo.

Por mucho que golpeen la pequeña mano de bronce, no obtienen respuesta alguna.

Hablan con animación:

HOMBRE 1:

No puede ser... ¡Nadie puede esfumarse así!

HOMBRE 2:

Pues ves como sí, y sin dejar ni huella.

Uno vuelve a llamar, en vano

HOMBRE C:

¡Para qué insistir más! Es el tercer día que venimos en balde...

HOMBRE 1:

¿Qué puede haberle pasado?

HOMBRE D:

Nuestro ángel se nos fue...

HOMBRE C:

¿Ángel? Demonio diría yo...

HOMBRE D (con sorna):

Me refería a aquella eterna querella: sabrá, amigo,
que el sexo de los ángeles nunca se determinó...

HOMBRE C:

Para mí es una afrenta, un desaire que no perdonaré.
Demuestra, que si bien es verdad que maneja la espada de manera extraordinaria,
no tiene ni gota de la distinción de su padre

HOMBRE 1:

Queridos amigos, están hablando sin saber, por favor...

HOMBRE 2:

Nadie educó a ese “sucesor”, como le llamaba nuestro añorado Puntaviva,
nunca tuvo madre, está desprovisto de modales...
Me temo que su padre sólo le enseñó el arte del florete

Con esas palabras, se despiden y se marchan.

(...)

(...)

(...)

SECUENCIA 25 ESCALERA CASTILLO. INT/DÍA

Un hombre que vemos de espalda, con un maletín en la mano, sube velozmente una antigua escalera: los anchos peldaños de piedra salen de una columna central

de doble hélice. Se trata de un magnífico castillo, probablemente del principio del Renacimiento.

De repente se encuentra frente a una mujer hermosa, que aun llevando una bandeja en las manos, baja con majestad las escaleras. Va vestida de doncella.

El hombre se inmoviliza, sorprendido.

EL MÉDICO (quitándose el sombrero):

Buenos días Señorita, no tengo el gusto de conocerla...
¿Supongo que es nueva?

La mujer saluda inclinando la cabeza, sin levantar los ojos del suelo ni contestarle

EL MÉDICO (cortado)

Perdónenme, no me he presentado: soy el médico de familia del señor conde antes de que naciera, luego de su esposa la señora condesa, naturalmente...

Los ojos de la mujer siguen fijando el suelo, sigue inmóvil y sin decir palabra

EL MÉDICO (molesto y algo ofendido):

¿Puede decirme si la condesa se encuentra en su habitación?

La mujer asiente con la cabeza, los ojos siguen fijos en el suelo, y bajo la expresión de asombro del médico, prosigue su bajada después de un leve saludo con la cabeza.

(...)

SECUENCIA 28 ANTE SALA CASTILLO DE LOS CONDE DE S. INT/ NOCHE

El médico sale de un cuarto con expresión abatida. Detrás de él, la hermosa sirvienta que vimos en la escalera anteriormente, cierra la puerta.

Ahora sí se fija en el médico con una curiosidad tan descarada que roza la inconveniencia, sabe que no la ve en ese momento.

EL CONDE DE S. (off):

Por aquí Honoré... Ayer me prometió hacerme el honor de quedarse a cenar esta noche, la mesa está servida.

EL MÉDICO:

Con mucho gusto conde, además tengo que hablarle...

**SECUENCIA 29 COMEDOR CASTILLO DE LOS CONDE DE S. INT/
NOCHE**

El conde y el doctor están sentados frente a frente en la mesa alumbrada por unos candeleros

Un magnífico cubierto está servido.

EL CONDE DE S.:

¿Tan mal la encuentra, Honoré?

EL MÉDICO:

Bueno.... Es el tercer día que vengo, y no consigo hacer bajar la fiebre. No puedo afirmar nada, tal vez no sea nada pero también podría ser más grave de lo que parece. Bien sabe que las sangrías no sirven para nada, no puedo ceder a esa petición de parte de su esposa, pese a que me gustaría complacerla... Pero ya se encuentra tan débil, no haría más que debilitarla más.

Silencio

EL MÉDICO:

La verdad es que estoy perplejo y preocupado... Me conoce, conde, yo no soy como algunos de mis compañeros que prefieren afirmar cualquier cosa antes que confesar sus dudas, su impotencia... cuando no es su incompetencia.

Un silencio

EL MÉDICO:

En ese caso es aún peor: no sólo no puedo afirmar nada sin temor a equivocarme, sino es que ni siquiera sé si se trata de poca cosa, o si por el contrario es de esas enfermedades insidiosas que de repente se revelan graves. La tos no suena a tuberculosis, pero ese dolor de cabeza agudo del que sufre constantemente, más aún en la nuca, no sólo no sé a que corresponde... ¡sino que no soy capaz de aliviarla siquiera!

Silencio de nuevo. El conde no cambió de expresión, nada en sus rasgos permite delatar lo que provocan en él esas palabras.

EL MÉDICO:

Sólo puedo afirmar una cosa: su organismo está muy cansado...

El conde mira al médico ligeramente confundido, es incapaz de romper su silencio, incluso de reaccionar, se queda casi impasible: como si no supiera qué decir, qué hacer.

La copa del médico está ahora siendo servida por una mano elegante, el brazo y la muñeca son finos. Desde la mirada del conde descubrimos a la doncella que mantiene los ojos bajados

El conde la contempla un momento, pero en seguida vuelve a mirar a su invitado, como si tan sólo esa mirada fuese culpable.

EL CONDE DE S:

Honoré, no nos pongamos pesimista, se lo ruego.
Siempre ha sido de salud débil (*con algo de sarcasmo*):
¡Debe de contar entre sus más asiduas pacientes!

EL MÉDICO:

Conde, si quiere convencerse que sólo se trata de un resfriado más o de una gripe, sabe bien que en eso sí que soy radicalmente impotente: cada uno entiende lo que quiere. Es lo peor de mi oficio: ya se trate del enfermo o de su entorno, nunca se sabe quién quiere saber la verdad y quién prefiere la mentira...

EL CONDE DE S.:

¡Honoré! Odio la mentira, y precisamente la que más odio es la llamada “piadosa”. Le aseguro que sólo quiero la verdad, por dolorosa que sea... Lo que he querido decir, y perdóneme mi torpeza, es únicamente que mi esposa, detrás de su delicado aspecto y de tanta vulnerabilidad agotadora para ella en primer lugar, esconde una fuerza de hierro que acaba con todos los males que parecen perseguirla.

MÉDICO:

Esperamos que sea el caso, conde, esperémoslo...
Es cierto que no es la primera vez que la veo con tan alta fiebre,
También recuerdo cómo se recuperó mucho antes
de lo que me esperaba la última vez que se puso enferma.

Al pronunciar esas últimas palabras, levanta la vista de su plato y mira al conde, pero pronto esa mirada se torna estupefacta, como si no creyese lo que está presenciando:

La doncella, al tiempo que está sirviendo la copa del conde con una mano firme, reprime una leve sacudida, cuando, inclinada en aquel gesto, apenas toca con la punta de su pecho la espalda del conde.

La mirada sigue bajada como si se tratase de la sirvienta más dócil y sin embargo... He aquí que apoya un poco más su pecho contra el cuerpo del conde, consiguiendo a la vez contener su conmoción. Tan sólo un latir de pestañas la traiciona.

La misma emoción se dibuja sutilmente en el rostro del conde que baja la mirada. Pero disimula peor el turbio que le invade hasta tenerle preso en ese momento. No parece consciente de nada, ni siquiera de la presencia del médico.

Aquello ha pasado en un santiamén, pero el médico lo ha visto todo. La doncella pasa al otro lado para llenar el vaso del médico de nuevo. El conde la mira fijamente, como hipnotizado, entonces el médico carraspea la garganta para hacerle volver a la realidad, a su simple presencia.

El conde confundido dice finalmente, apartando la mirada de ella:

EL CONDE DE S.

(el tono se quiere autoritario, apenas consigue ser seco):

Está bien Claire, no es necesario que se quede por nosotros dos,
puede retirarse.

“Claire” asiente con la cabeza y se va con paso silencioso.

EL MÉDICO:

Estaba diciendo que yo confío también que se recuperará pronto.

El conde levanta sobre el médico una mirada ausente que recobra la normalidad con un poco de lentitud.

EL CONDE DE S. (con un tono falsamente animado):

Honoré, está en vuestras manos y sé que son las mejores.

Si no le importa, cambiemos de tema y hablemos de su pasión frustrada,
que tanto tardó en revelarme...

El doctor tiene los ojos brillantes y los pómulos sonrosados.

Se ha tornado muy pensativo, parece que muchas preguntas pasan por su cabeza, como si se encontrase ante un enigma. Tiene el vaso medio lleno y lo hace girar lentamente entre sus dedos hacia la luz de los candelabros, mientras lo contempla con una ligera sonrisa en los labios

EL MÉDICO:

Yo no he tenido otra pasión que la que usted conoce...

El Conde de S. le mira perplejo, parece no entender si el médico hace referencia a una mujer, o a algún secreto que no recordaría

EL MÉDICO (divertido por la expresión del conde):

¡La medicina! Por ella lo sacrifiqué todo. Si a la caza se refiere, nunca ha sido una pasión conde. Es más, si le soy sincero, cuando era usted tan joven y me querían, junto a sus amigos, aficionar a ese ocio, no lo disfrutaba... No me resulta placentero ver a esos animales agonizar entre los dientes de los perros

EL CONDE DE S.:

Honoré, yo no sé tampoco como aquel juego me podía divertir.

La caza es un goce para idiotas.

EL MÉDICO:

¡Así que se considera un idiota!

EL CONDE DE S.:

Considero que lo he sido, pero es propio de brutalidad y de la estupidez juvenil.

Era sólo... que me desconocía a mi mismo.

EL MÉDICO:

Me siento orgulloso de semejante confesión por su parte, y le precisaré porque en un rato... Pero, dígame: usted ahora sólo tiene una pasión, ¿verdad?

El conde vacila

EL CONDE DE S.:

Sí...

EL MÉDICO:

Se nota.

El conde le mira con una mirada inquieta, y el médico se ríe al ver esa mirada que ignora lo elocuente que es

EL MÉDICO (como si quisiera aliviar los temores de su amigo):

No sé porque se sonroja, no es pecado amigo,
es un pasión noble...

El conde lo sigue mirando con esa expresión aturdida, casi boba, lo que provoca la risa redoblada del médico

EL MÉDICO:

¡Conde! La esgrima es muy noble, para mí es un arte. Si no me hubiera acaparado aquella pasión mía que le confié antes, quizás hubiera sido un espadachín decente...

EL CONDE DE S. (mientras les vuelve a servir vino):
Seguramente Honoré, estoy convencido.

El médico se ríe francamente

EL MÉDICO:

Conde, antes usted no me mentía así... ¿Cómo iba a ser un buen espadachín con esa corpulencia que tengo?... ¡Pero donde tiene la cabeza, por Dios, no le reconozco! ¿Será la hermosura de una sirvienta que más bien parece una princesa?... (*arrepintiéndose en seguida*) Perdóneme esa última frase: es evidente, por su compostura, que lleva el servicio en la sangre.

El conde no reacciona

EL MÉDICO:

¿O es el estado de salud de su mujer el que le altera de tal manera?

El conde le mira ahora de manera muy seria, parece muy claro que el médico se está metiendo con él

EL CONDE DE S.:

¡Por favor! acabo de confiarle mi plena fe en que se recuperará pronto. No me mienta a mí ahora... (*un silencio*) La verdad es que me sorprendió que dijera que se notaba tanto mi pasión por la esgrima.

EL MÉDICO:

Conde, su pasión por el esgrima no nació ayer y es conocida por todo el mundo. Usted ha dicho, hace un rato, que "*se desconocía entonces a usted mismo*" pero ya en la época en la que me llevaba a sus partidas de caza, confesaba que sólo era un pasa tiempo y que echaba terriblemente de menos cruzar la espada.

EL CONDE DE S.:

Es cierto...

EL MÉDICO:

Por lo tanto, cuando Puntaviva, que en paz descansé, abrió la sala, nadie se sorprendió que usted fuera uno de sus más fervientes discípulo.

El conde no contesta nada.

EL MÉDICO:

Y cuando su digno sucesor...

ha dicho esto observando al conde de cerca, pendiente de la reacción que espera provocar en él, pero el conde no reacciona.

Prosigue el médico:

EL MÉDICO:

Decía: cuando su digno sucesor volvió a abrir la sala, tampoco sorprendió a nadie su presencia diaria ahí

EL CONDE DE S. (cortándole):

No entiendo doctor, cuando habla de “*nadie*” ¿a quién se refiere? Hace tiempo que me he retirado del mundo, ya no tengo vida mundana alguna.

EL MÉDICO:

¡Es verdad, parece que se ha vuelto casi tan huraño como yo!, lo cual me parece sorprendente y ¿para qué callarlo?: me hace apreciarle aún más. Además, no es usual en un conde de su edad

EL CONDE DE S.:

¡No ve pasar el tiempo, Honoré: ya no soy tan joven! Luego, acordaros que desde la niñez he sido sometido a todo tipo de protocolo... La “comedia humana” cada vez me ha ido resultando más insoportable, por lo tanto, es lógico que aspirase a retirarme del mundo... si así se puede llamar el de una ciudad tan pequeña y aburrida como la nuestra.

EL MÉDICO:

Sí conde, pero ya sabe: si a usted deja de interesarle el mundo, no significa que el mundo deje de interesarse en usted. Tan sólo por ser conde...

EL CONDE DE S. (encogiéndose de hombros,

con un gesto de desprecio que no intenta esconder):

Honoré: ahórreme por favor lo que ya sé de sobra... Nuestra boda fue un suplicio para la condesa y para mí. En fin, dejemos el tema y que hablen los que quieran hablar. De mí, desde que cerró la sala, poco podrán decir ya, pues ahora no veo más que a mis caballos y a mi esposa.

Honoré aprieta sus pequeños ojos y mira al conde con agudeza, pero ve que no sacará una palabra de él.

EL MÉDICO:

¡Y a mí!... A mí me volverá a ver a diario mientras su esposa esté enferma. Pero yo... soy una tumba

Apura su copa de un trago.

EL CONDE DE S. (riéndose):

¡Pues claro Honoré! Me tiene que disculpar por este olvido, es que usted no forma parte de aquellos que, perdone mi franqueza, me cuesta no despreciar. Espero verle más, y ya no por razones de salud.

Un silencio que se prolonga bajo la mirada del médico: se ve que el conde quiere decirle algo pero no encuentra la manera. Cuando lo hace finalmente su tono cambia y se ha vuelto grave

EL CONDE DE S.:

Honoré... Quisiera poder contar con vuestra amistad... en cualquier circunstancia.

EL MÉDICO (con mucha sinceridad):

Puede contar con ella, conde... Pero, permítame preguntarle ¿a qué debo el honor de encontrarme entre los muy pocos que usted aprecia?
Claro, he sido el médico de su familia antes que usted hubiera nacido, le conocí cuando era un niño...

EL CONDE DE S. (no le deja proseguir):

Honoré, porque en muchos años he comprobado que es usted como yo.

MÉDICO:

¿Como usted?

EL CONDE DE S.:

Sí. Un libre pensador.

MÉDICO:

Un libre pensador, sí, pero también soy un humanista...

EL CONDE DE S.:

Sí, en eso quizás somos distintos. Bueno, hay otra cosa que me cuesta entender: esa pasión por la medicina...

MÉDICO:

¡Precisamente es lo mismo! (*ante la expresión sorprendida del conde*)
Quiero decir, no es la medicina. Son los seres humanos y sus males
los que me apasionan.

EL CONDE DE S.:

Honoré, ¡no lo puedo comprender! ¡Sólo la salud es grata! Si el ser humano ya es
a menudo tan vulgar, el que tiende a estar siempre enfermo, a quejarse... ¿cómo
lo aguanta usted?

EL MÉDICO:

Es usted cruel... Hablar así a unos metros de su esposa enferma...
Conde: usted goza ahora de una salud excelente, pero mañana podría tocarle una
enfermedad y vería como cambiaría de discurso.

EL CONDE DE S.:

Si mi salud me fallase, le aseguro que me mataría yo mismo.

EL MÉDICO:

Conozco su orgullo conde, le vi crecer con ello, pero se quedaría sorprendido al
comprobar cómo usted también se rebelaría ante la enfermedad,
cómo se aferraría a la vida, es puro instinto en el ser humano

EL CONDE DE S. (con humor algo sardónico):

Soy una fiera

EL MÉDICO (exultante):

¡En el animal, todavía más!

EL CONDE DE S.

¡Quizás soy inhumano hasta el punto de no ser digno de la vida!

EL MÉDICO

(sin hacer caso a lo que le parece pura provocación):

Yo le hablo del ser humano y de sus males, y usted me habla de los
hipocondríacos, de los débiles que tanto desprecia. (*Una pausa*) Para mí los
misterios del alma humana siempre han sido mi pasión. Cuando digo “sus males”
me refiero a eso, a lo que he podido comprobar durante tantos años de oficio.

¡Aprendo a diario conde,
incluso en nuestra pequeña provincia!

Ante la expresión escéptica del conde

EL MÉDICO

(baja la voz y aproxima su cara a la del conde):
Sí, conde, y a veces me estremezco ante el enigma del cuerpo
y del corazón humano...

EL CONDE DE S.:

Entonces es la medicina la que os apasiona, somos -y mire que está vez me meto
entre todos-, somos, digo, unos meros instrumentos de experimento
en sus manos

Llena de nuevo sus copas.

EL MÉDICO:

No, conde; precisamente porque soy humano me interesan y estremecen.
(*Cierra sus ojillos, y clava su mirada en la del conde*):
“Quién confiesa el cuerpo es amo del corazón”, y precisamente usted...

El conde le mira sorprendido

EL CONDE DE S.:

¿Yo?

EL MÉDICO:

Sí, usted y su pasión, que no mentaré,
representáis en ese momento la quintaesencia de ese enigma para mí...

El conde se queda atónito, luego ríe, embarazado.

Después de un silencio, haciendo girar también su vaso hacia la luz de las velas.

EL CONDE DE S.:

No le daré el placer de ahondar en este enigma, y hasta me molesta que hable de
ello... Precisamente lo enigmático me apasiona y me estoy dando cuenta que casi
me parece obsceno el sólo hecho de pronunciar “lo enigmático”

EL MÉDICO (levantándose para macharse):

No he querido ser obsceno, conde. A veces, uno lo es sin darse cuenta...
y no diré más...

EL CONDE DE S.:

Honore, ¡usted no lo ha sido en absoluto!

A veces pienso en voz alta, ¡discúlpeme!

EL MÉDICO

No se preocupe, hay confianza como quien dice...

Con esas palabras se estrechan la mano con verdadera efusión

EL MÉDICO:

Pero juremos pues, tener el cuidado de nunca más ser obsceno el uno para el otro...Y... sí: puede contar con mi amistad...
(*un silencio*)... en cualquier circunstancia.

Se aleja diciendo estás últimas palabras.

EL CONDE DE S.:

¡Honoré!

El médico se gira y lo mira

EL CONDE DE S. (con bravura):

Quisiera pedirle más...

EL MÉDICO:

¿Más?

EL CONDE DE S. (estremecido):

Sí. Quisiera... su complicidad.

El médico se ha parado y mira detenidamente al conde a los ojos.

El conde aguanta la mirada, hay un largo silencio.

EL MÉDICO:

Conde... Yo soy médico y cumpliré con mi deber por encima de todo y hasta el final.

Una pausa que se hace eterna para el conde, el médico se vuelve pensativo y habla ya sin mirarle.

EL MÉDICO:

Pero... aparte de eso, con esa tendencia mía tan rara de apasionarme por las pasiones de los demás, ese misterio humano que a mí me ha tocado observar y no sentir... Sí, seré su cómplice.

Volviendo a mirar al conde con afabilidad

EL MÉDICO:

Y ahora le ruego por favor que deje que me vaya solo,
sin molestarse por acompañarme, ni molestar a nadie.
Gracias por entenderlo.

Se da la vuelta y se va, dejando al conde de S. en estado de gran agitación. No se sabe si es por lo que le acaba de pedir o por la repuesta que ha recibido.

SECUENCIA 30. EXTERIORES CASTILLO EXT/NOCHE

La noche es muy oscura.

El médico camina en penumbra. Tan sólo por su andar, se le nota impactado.

Por la oscuridad pero también quizás por su estado interior, le cuesta encontrar la cuadra.

Una vez hallada, se dirige a su caballo sin dificultad: ambos se han reconocido.

Le acaricia la cara, feliz de reencontrarse con el animal.

Se monta y se marcha por el camino a paso lento, parece muy cansado.

A unos cien metros, se gira para contemplar detrás de él esa gran masa negra con sus torres: el castillo sumido en la profunda noche.

De repente divisa una luz que proviene de una torre lejana, la más alejada a la sala donde cenaron que es la misma de las habitaciones de la condesa y del conde.

Detiene su caballo y levanta la mirada al cielo, contempla la luna.

De nuevo mira aquella luz lejana...

Parece detenido por algún motivo, preso de un dilema.

Finalmente se decide, gira su caballo y vuelve en dirección el castillo hasta cruzarse con un camino estrecho que parece ir en dirección a la otra parte del castillo, hacia esa torre precisamente.

Lo coge. El silencio es total, tan sólo suenan los cascos del caballo y algún arbusto pisado. A Honoré le toca apartar más de una rama para poder avanzar entre el espeso follaje hacia aquella torre que crece a medida que se va acercando.

Cada vez más preso de la espesura, se detiene otra vez, duda, parece que quiere volver al camino mayor del castillo, el que conduce a la ciudad.

Acaba por darse una vuelta sobre sí mismo y prosigue, con cada vez mayor precaución, hacia la torre.

Estando ya bastante cerca empezamos a oír un sonido difícil de identificar. Poco a poco, según avanza, ese sonido se vuelve más nítido: son golpes pegados contra el suelo con bastante regularidad.... Pronto se le añade otro: un choque de espadas que se cruzan.

El médico continúa, como atraído hacia aquella luz. Recibe algún que otro ramaje en plena cara, lo que le obliga a andar con más cautela y frenar el impulso de una curiosidad ya muy grande aunque inconsciente.

El ventanal de doble hoja está abierto sobre un balcón de hierro forjado. Aquel ruido repetitivo que escuchábamos, ahora es perfectamente identificable: lo produce los pies de los contrincantes al golpear el suelo.

El médico, ahora a unos metros debajo de la ventana, se para. Descubre al conde de S.: lo reconoce enseguida, pese a su máscara. Está en pleno combate, jadeante. Pronto los movimientos del duelo le permiten descubrir también a su adversario: pese a su atuendo reconoce de inmediato la figura alta de Hauteclair, sus largas piernas ceñidas en sus leotardos y calzas.

En el rostro del médico se dibuja un asombro, pronto se transforma en fascinación.

Se suspende el combate, con la inmovilidad llega el silencio, seguido de una larga expiración exhausta de los dos.

El médico les ve quitarse las máscaras, exultantes, luego dejan caer suavemente sus espadas.

Frente a frente, se miran sin moverse, retomando aliento: una jubilación sibilina, callada pero impetuosa, sube entre ellos, apoderándose de ambos.

Hauteclair avanza ahora lentamente hacia el conde, mientras éste retrocede, sin dejar de hacerle frente. Aquellos ojos en forma de almendra ya no miran el suelo sino que se clavan en los ojos del conde con un brillo y una profundidad extraordinarios: una llama entre dos párpados bien dibujados.

A medida que se acerca con su paso felino, que parte desde el mismo interior de sus flexibles riñones, el conde sigue retrocediendo hasta chocar contra la balaustrada del balcón. Ahí se juntan y se funden en un cuerpo a cuerpo que culmina en la fusión de un beso que no termina.

El médico abajo, escondido tras las hojas, conmovido y confundido, baja la cabeza.

Se da la vuelta despacio, con la mayor discreción posible, y se va a paso lento. Parece avergonzado de haber sido testigo de la más sublime y secreta intimidad.

(...)

(...)

(...)

(...)

(...hasta el final: SEC 41)

© Dominique Abel